

Abril 2008 - Política

100 días de continuidad Un gobierno de mediana edad.

Por Juan Esteban Belderrain

Superados los tres primeros meses, se despliega un escenario inusual en la historia política argentina: un gobierno diferente a su predecesor que no puede apelar a la “pesada herencia” para justificar los déficit de su gestión. Pero una cosa es no poder echar culpas al pasado y otra muy distinta es tener pocos méritos para exhibir en el presente.

Buena parte del discurso de la presidenta de la Nación, Cristina Kirchner, en la apertura de las sesiones parlamentarias fue una larga descripción de los logros de un gobierno que, lejos de parecer recién iniciado, se encuentra en su quinto año de ejercicio.

Y los logros no son pocos. Cinco años de crecimiento económico sostenido, a tasas superiores a las de los demás países de la región. Descensos importantes en los niveles de desocupación, pobreza e indigencia. Y, quizás, lo más importante y que lamentablemente pasa desapercibido a la memoria generalizada de corto plazo: gobernabilidad democrática.

Conviene resaltar este último punto, por su valor intrínseco y porque quizás sea el logro más genuino del gobierno anterior. En efecto, los resultados económicos alcanzados se deben más al contexto internacional favorable que a políticas activas del gobierno. Los altos precios internacionales del petróleo y de los granos en los últimos años fueron la causa fundamental de la ausencia de desequilibrios en los balances comerciales y fiscales. Bastó con mantener el dólar alto para que los beneficios de esta coyuntura favorable pudiesen extenderse sobre la actividad productiva tan dañada en las décadas anteriores. Las retenciones a las exportaciones y los impuestos al consumo han sido los instrumentos eficaces para el continuo crecimiento de la recaudación fiscal.

Pero nada de esto hubiese sido posible sin el logro de un país “gobernable”. En un contexto tan propenso a derribar gobiernos antes del fin de sus mandatos esta pseudo–alternancia dentro del matrimonio Kirchner no deja de ser un síntoma positivo de continuidad de un ejercicio democrático –de baja calidad, convengamos– pero continuidad al fin.

Expectativas y profecías

La estrategia de gobernabilidad de los Kirchner ha sido y es alcanzar la mayor acumulación de poder que haya gozado un presidente de la Argentina democrática. Durante el gobierno precedente hubo una constante política de cooptación de dirigentes para debilitar a toda posible oposición. Ahora, con la

reorganización del justicialismo y el retorno de Lavagna, se diluyó la pequeña posibilidad de construcción de un bloque opositor de alcance nacional que se vislumbraba tras las últimas elecciones. El dominio sobre el poder legislativo es total. Las provincias, los municipios, sindicatos y corporaciones –hasta los medios de comunicación–, siguen dependientes del arbitrio presidencial y de los ministros que manejan una caja rebotante de recursos.

La pregunta es por qué, con semejante acumulación de poder lograda, parece aún necesaria la continuidad de esta estrategia. ¿No hay acaso mayor espacio para desprenderse de al menos algunos sectores de poder que dan base de sustentabilidad pero obstaculizan los cambios que el país necesita?

Con la ratificación en sus cargos de los componentes del “núcleo duro” del poder de Néstor Kirchner, pronto se desvanecieron las ilusiones de que el nuevo gobierno introduciría cambios sustantivos en sectores altamente deficitarios del gobierno anterior. La inflación, la crisis energética y de transporte; la baja calidad de la justicia y la inseguridad se encuentran administradas por las mismas manos que demostraron ya no saber dar respuestas eficaces.

El problema más urticante es la inflación. El Gobierno insiste en su política de manipular los índices estadísticos, que ya nadie los reconoce como verdaderos. Y esto, lejos de solucionar el problema, lo empeora. Es cierto que hay desajustes entre la oferta y la demanda en muchos productos: un sector industrial deteriorado durante décadas no logra responder a la creciente capacidad de consumo de la población. Pero también tienen fuerte incidencia en la aceleración de la inflación los componentes subjetivos: las “expectativas inflacionarias”. Al no haber fuentes confiables de información, todos los actores económicos se cubren de posibles riesgos aumentando sus beneficios algunos puntos más en relación con la información circulante. La consecuencia lógica es la “profecía autocumplida”. Por miedo a que todos los precios suban, subo mis precios. Conclusión, todos los precios suben.

Palabras y resultados

La posibilidad de detener estos mecanismos perversos no está ni en los discursos altisonantes, ni en las medidas unilaterales que ya han demostrado ser ineficaces, tampoco en los acuerdos parciales de precios que, cuando se suceden de manera tan vertiginosa, lejos de generar marcos de referencia que permitan la planificación económica, incrementan la sensación de inestabilidad.

El camino de la solución transitado por muchos países podría encontrarse en una idea que incluso formó parte de las promesas de Cristina Kirchner en campaña electoral, y que hubiese sido la nota distintiva frente al gobierno anterior, pero que parece haber sido olvidada: el pacto económico social. La convocatoria a los diversos sectores políticos, empresarios y sindicatos fue la estrategia de muchas democracias europeas para salir de crisis y estancamientos posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Esta se sustentaba en la convicción compartida por los distintos sectores de que una democracia bien organizada debería poder superar las contradicciones entre sectores hacia metas de cooperación común. Incluso hubo países como Francia, que pretendieron dar institucionalidad constitucional a estas experiencias entendiendo que mejoraban la democracia porque introducían posibilidades de innovación, crecimiento y distribución del ingreso que, de otro modo, no podrían desencadenarse.

En nuestro país, muchas veces se convocó a mesas de concertación económica y social, pero nunca lograron los resultados de largo plazo que pueden verse en Holanda, Suecia o más recientemente en España e Irlanda. Del análisis comparado puede aprenderse que no son posibles ni eficaces los pactos si no están presentes esas convicciones cooperativas compartidas y si eso no se expresa en cambios sustanciales en el modo imperante en las relaciones políticas, económicas y sociales. Estos pactos serán fructíferos sólo si el diálogo y la concertación prevalecen sobre la confrontación y la especulación.

Al respecto, el gobierno no está emitiendo señales suficientes de cambio. Pero tampoco las hay en los sindicalistas resistentes a la democratización y al pluralismo, ni en los sectores económicos fuertemente concentrados, más acostumbrados a la especulación a costa del Estado que a asumir cuotas razonables de riesgo para sus inversiones.

En este contexto, quienes más pierden son los que no tienen posibilidad de representar su voz en estas organizaciones. Los desocupados, subocupados y trabajadores informales que representan más del 40% de la fuerza de trabajo quedan fuera de las disputas. Si se pusiera a estos sectores como objetivo prioritario de las negociaciones, a costa de postergar objetivos de recuperación de niveles de ganancias o de salarios, estaríamos ingresando a un camino aún no recorrido en nuestra historia.

La cuestión es generar cambios que, de otro modo, no podrán ocurrir. El gobierno tiene aún en sus manos la posibilidad de dar pasos en esta dirección.

“Los que rondamos los 40 –me decía un amigo– tarde o temprano entramos en la crisis de la ‘mediana edad’ que se produce cuando tomamos conciencia de que ya no somos ‘jóvenes promesas’ sino ‘viejas defraudaciones’. Tenemos un gobierno de “mediana edad”: su éxito dependerá de la capacidad de sus actores de revitalizar las promesas y de no seguir preso de las propias “defraudaciones”.

Claves

- En un gobierno con muchos resultados económicos positivos, pasa desapercibido el logro más genuino alcanzado por la gestión de Néstor Kirchner: la gobernabilidad democrática.
- Persisten numerosos problemas, políticos (la acumulación hegemónica de poder) y económicos (la inflación, el desabastecimiento, etc.).
- El camino de la solución podría encontrarse en una idea que incluso formó parte de las promesas de Cristina Kirchner en campaña electoral, pero que parece olvidada: un pacto social que incluya a todos los actores.